

# ÍNDICE

Introducción .....	11
--------------------	----

## PRIMERA PARTE EL SIGLO DE LA CONQUISTA

<b>I. <i>La Historia de los Indios de la Nueva España</i> o la crónica apasionada de un seráfico descalzo .....</b>	<b>19</b>
1. Introducción .....	19
2. Semblanza biográfica .....	20
2.1. Sus años en España .....	20
2.2. Su estancia en México .....	22
3. La <i>Historia de los Indios de la Nueva España</i> .....	28
3.1. Transmisión y finalidad de la obra .....	28
3.2. Análisis de la <i>Historia de los Indios de la Nueva España</i> .....	30
4. Bibliografía .....	45
<b>II. El Inca Garcilaso y los «Flandes Indianos» .....</b>	<b>47</b>
1. Introducción .....	47
2. La veracidad de los hechos históricos .....	48
3. La expedición a la provincia de Musu .....	49
4. La «grande» provincia Chiriguana .....	51
5. La conquista de Chile .....	53
6. Narraciones orales y mitos .....	56
7. Bibliografía .....	61
<b>III. El teatro contrarreformista de Fernán González de Eslava .....</b>	<b>63</b>
1. Introducción .....	63
2. El contexto espiritual novohispano .....	66
3. Los <i>Coloquios espirituales y sacramentales</i> de González de Eslava .....	68
4. Bibliografía .....	84

<b>IV. México: «primavera inmortal» y «emporio» de toda la América</b> .....	<b>87</b>
1. Introducción .....	87
2. Fray Toribio Motolinía .....	87
3. Cervantes de Salazar y Juan López de Velasco .....	89
4. El negativo en poesías satíricas .....	92
5. México en la lírica petrarquista novohispana .....	95
5.1. Eugenio de Salazar .....	95
5.2. Bernardo de Balbuena .....	99
6. Bibliografía .....	107

**SEGUNDA PARTE**  
**EL SIGLO DEL BARROCO**

<b>I. <i>Ut pictura poesis</i>: la «pintura» de damas y borrachos en la poesía de Valle y Caviedes</b> .....	<b>113</b>
1. Introducción .....	113
2. Caviedes y las artes pictóricas .....	114
3. La «pintura» de damas en Caviedes .....	119
4. La «pintura» de borrachos .....	133
5. Bibliografía .....	139
<b>II. Las fábulas mitológico-burlescas de Valle y Caviedes</b> .....	<b>143</b>
1. Introducción .....	143
2. Los personajes mitológicos en la creación de Valle y Caviedes .....	145
3. Sus fábulas mitológico-burlescas: tradición literaria y originalidad .....	147
4. Bibliografía .....	167
<b>III. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio polémico</b> .....	<b>169</b>
1. Introducción .....	169
2. En la Compañía de Jesús .....	170
3. Su ingreso en la Universidad .....	174
4. Sus obras en la década de los ochenta .....	177
4.1. Sigüenza, Cosmógrafo Real .....	184
5. Sigüenza y la corte virreinal .....	199
6. Sus últimos años .....	210
7. Bibliografía .....	213

<b>IV. Infortunios de Alonso Ramírez a la luz de los nuevos descubrimientos</b> .....	<b>217</b>
1. Introducción .....	217
2. Origen de una relación oficial .....	220
3. Aventuras de un pirata puertorriqueño .....	224
3.1. Su vida antes de su captura .....	225
3.2. El momento de su captura .....	229
3.3. Su experiencia pirática .....	233
3.4. Liberación y llegada a México .....	239
4. Bibliografía .....	243
<b>V. Estrategias discursivas en la elaboración de <i>Infortunios de Alonso Ramírez</i></b> .....	<b>247</b>
1. Introducción .....	247
2. Sigüenza al servicio del virrey .....	248
3. El modelo bíblico de Job .....	251
4. Bibliografía .....	261

### TERCERA PARTE

## EL SIGLO DE LA CONSOLIDACIÓN CRIOLLA E INDEPENDENCIA POLÍTICA

<b>I. El mito degradado en <i>Lima por dentro y fuera</i></b> .....	<b>265</b>
1. Introducción a la vida y obra de Terralla y Landa .....	265
2. Aproximación a <i>Lima por dentro y fuera</i> .....	268
3. Análisis del romance primero .....	270
4. Bibliografía .....	276
<b>II. Impronta neoclásica y realidad americana en la desconocida obra poética de José Mejía Lequerica</b> .....	<b>277</b>
1. Introducción .....	277
2. Mejía Lequerica en el contexto histórico-cultural del Ecuador .....	278
3. Sus <i>Travesuras poéticas</i> .....	280
4. Bibliografía .....	290
<b>III. Un nuevo hallazgo guadalupano: el <i>Coloquio de Nuestra Señora de Guadalupe</i></b> .....	<b>293</b>

1. Introducción .....	293
2. <i>Coloquio de Nuestra Señora de Guadalupe</i> : precedentes y paralelismos .....	294
3. Análisis del <i>Coloquio</i> .....	298
4. Criterios de edición .....	302
5. Bibliografía .....	318
<b>IV. Hacia la recuperación de un tema olvidado: La fábula neoclásica hispanoamericana (con unos ejemplos mexicanos)</b> .....	<b>321</b>
1. Introducción .....	321
2. José Agustín de Castro (1730-1814) .....	326
3. José Ignacio Basurto (1755-1810) .....	335
3.1. Sus <i>Fábulas morales</i> .....	336
4. Luis de Mendizábal (1783-¿1846?) .....	346
4.1. Introducción biográfica .....	346
4.2. Las <i>Fábulas Políticas y Militares de Ludovico Lato-Monte</i> .....	354
5. Bibliografía .....	365
Índice onomástico .....	<b>369</b>

*LA HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA*  
O LA CRÓNICA APASIONADA DE UN SERÁFICO DESCALZO

## 1. INTRODUCCIÓN

En cuanto que se penetra en las crónicas de la orden seráfica se observa una serie de contrastes todavía insuficientemente analizados, a los que —a mi juicio— no se les ha dado la atención que se merecen. El primero de ellos es el predicamento universal de que gozan cronistas que escribieron de segunda mano sobre la historia de los albores de México tras la conquista (Fernández de Oviedo, Las Casas, López de Gómara, Antonio de Herrera), en detrimento de los escritos franciscanos, verdadera fuente documental que a veces saquean. El segundo, y no menos importante, es que la mayoría de los datos de que disponemos del México precortesiano se ha obtenido de las crónicas franciscanas, que, censuradas, mutiladas o perdidas, han caído poco menos que en el olvido —o en la relegación— de la investigación científica moderna. El tercero, de vital importancia en el tema que hoy nos ocupa, es la tensión que se observa entre su minuciosidad y detallismo por escribir un universo cultural extraño y la repugnancia que ese mismo universo les causaba, como consecuencia de interpretarlo fruto de una realización diabólica<sup>1</sup>.

Es cierto que en la trayectoria americana de la orden seráfica se pueden percibir dos períodos claramente definidos. Pero no lo es menos también que en las crónicas franciscanas hay un hilo conductor que destaca por su coherencia con las ideas providencialistas que las concibieron y por la continua elaboración e intensificación de sus contenidos. Punto de inflexión entre ambos períodos,

---

<sup>1</sup> Como ya señalara Baudot, 1983, p. 10, los esfuerzos de los franciscanos están en estrecha relación con el «grandioso carácter de las ambiciones que les impulsaban»; ambiciones que se concretaban en «construir con los indios mexicanos el reino milenarista prometido por el Apocalipsis». Es decir, que sus desvelos por conocer el México precortesiano se derivan de su creencia de que en la demoníaca sociedad azteca se encontraban los gérmenes providenciales para fundar sus esperanzas escatológicas. De ahí que, tras las conversiones masivas, se dedicaran al estudio de su cultura con el fin de preservar de ellos los fundamentos de su originalidad y protegerla del proceso hispanizador, para ellos esencialmente contaminado.

Fray Toribio Motolinía se nos aparece como un personaje clave de la historia temprana de México. Su figura poliédrica —misionero, viajero incansable, inquisidor, apóstol del milenarismo, juez comisario, agresivo polemista, historiador e investigador de ritos y costumbres— se agranda con el rescate de parte de su obra historiográfica y etnográfica, hasta el extremo de poder afirmar que su *Historia de los Indios de la Nueva España* constituye el embrión de un proyecto político-espiritual utópico, que bajo la forma de un relato aún en su discurso la implantación española de México y Centro América y un afán por «comprender, valorar y describir la civilización de los vencidos» en todo lo que no atañera a los asuntos religiosos.

## 2. SEMBLANZA BIOGRÁFICA

### 2.1. Sus años en España

Su vida antes de su llegada a México sigue siendo un misterio para los investigadores. Ni siquiera es posible saber con exactitud su apellido verdadero ni su lugar y fecha de nacimiento<sup>2</sup>. Tampoco sabemos la fecha de su ordenación sacerdotal, aunque se cree que hacia 1516, en la provincia de Santiago. Lo único cierto es que al año siguiente ha dejado esta provincia para acogerse a la recién fundada custodia de San Gabriel, en Extremadura, a requerimiento de Fray Martín de Valencia, y que esta experiencia será fundamental en su futura orientación misionera. La custodia de San Gabriel, vinculada a una reforma interna de la orden franciscana (la del P. Guadalupe), se basaba en una interpretación

---

<sup>2</sup> Es probable que naciera en Paredes, provincia de Zamora, hacia 1490; pero no se puede afirmar con rotundidad, como muestra Baudot en la hasta hoy más completa de las biografías existentes sobre Motolinía (porque recoge las aportaciones de las anteriores y completa con nuevos documentos). Ver también Ramírez, 1859 y 1957; Sánchez García, 1914, pp.V-XLIV; López, 1915, pp. 713-717; 1916, pp. 14-18; 1917, pp. 65-68; y 1921, pp. 315-330; y Steck, F. B., 1951, pp. 1-70. El testimonio de la fecha aproximada de su nacimiento está en los *Memoriales*, y lo vio por vez primera el P. Fidel Lejarza (1971, X). Es el siguiente: «Acuérdome haber oído muchas veces en España que el que planta o pone la palma no goza del fruto. Si en otras partes es regla general, en esta tierra de *Anáhuac* por experiencia parece lo contrario, porque **yo mismo planté dos huesecitos de dátiles en Quauhnahuac**, que es una de las principales villas del marquesado, **en el año de mill y quinientos treinta y uno**, y no ha muchos días que estando yo aquí en *Tēzcuco* en este año de mill y quinientos cuarenta y uno, (...). Decía la carta, que era de un religioso bien digno de fe, que estaban en dubda si este primer año cuajarían los dátiles, pero a otro tenían que sí. **Cuando estas palmas yo planté, pasaba de mis cuarenta años**, y espero en Señor ver la fruta, aunque en la verdad, el fruto de otra palma deseo más gustar (capítulo XXIV, p. 179. El subrayado es mío).

más estricta de la regla, de la que se subrayaban su mayor austeridad y su grande anhelo de pobreza evangélica. Esta reforma pretendía una renovación espiritual que, si en principio podría recordar vagamente esperanzas milenarias y las lecturas apocalípticas de Joachin de Fiore (*Liber introductorius in expositionem in Apocalipsim*), como ya han subrayado diversos críticos<sup>3</sup>, se nutría de un fondo de savonarolismo ortodoxo, cuyo ideario se caracterizaba por un deseo de cristianismo primitivo, un predominio de una religión interiorista, una reforma purificadora, basada en la pobreza y ascetismo, en la igualdad de los comunicantes con los mismos anhelos religiosos y en cierta tendencia contra los poderosos. De ahí obtendría Fray Toribio la esperanza revolucionaria del reino de pobreza y caridad igualitarias, y sus anhelos por erradicar del México recién conquistado la Iglesia jerarquizada e institucional. Esperanza y anhelos de los que se encuentra fuertemente impregnada toda la custodia, y Fray Martín de Valencia, primer provincial y amigo y padrino de Fray Toribio, es uno de sus máximos exponentes<sup>4</sup>. Es en este ambiente de deseo evangelizador y esperanza reformista, que las circunstancias históricas parecían favorecer (descubrimiento de América, conquista de México, sitio de Viena por los otomanos, aparición de Lutero), en el que se forja el espíritu fogoso y combativo de Fray Toribio. Y, simultáneamente, es en este lugar donde se estaba gestando la empresa evangelizadora entre 1521 y 1523.

En 1523 es nombrado Ministro General de la Orden Fray Francisco de los Ángeles, el promotor más entusiasta de la futura misión mexicana, quien unos meses después nombra como cabeza de la misma a Fray Martín de Valencia, y con él a Fray Toribio, uno de los doce misioneros que constituyen —a imagen de los doce apóstoles— la primera misión evangelizadora en México con licencia del Emperador y bula del Papa. El 25 de enero de 1524 parte la expedición de San Lúcar de Barrameda, tras una larga estancia en Sevilla. Fray Toribio abandona para siempre España.

---

<sup>3</sup> Véase, sobre todo, el estudio de Maravall, 1949, 2, pp. 199-227. También resultan de interés los estudios de Lejarza, 1962, pp. 15-131, Miguel Ángel, 1912, pp. 157-214, y Baudot, 1983, pp. 88-100. Con todo, resulta conveniente recordar las matizaciones de Gómez Canedo, L., 1988, p. 208, sobre la evanescencia del concepto 'milenarismo' en los franciscanos de México, en cuyos textos no aparece ninguna referencia a Joachin de Fiore.

<sup>4</sup> Las palabras que el mismo Motolinía pone en su boca (*Historia de los Indios de la Nueva España*, 1985, Tratado III, capítulos 1 y 3) son una muestra evidente de que en Fray Martín de Valencia coinciden la evangelización activa con los proyectos reformistas castellanos del siglo XV. Su vinculación con la beata de El Barco de Ávila indica con claridad sus implicaciones con las tesis mesiánicas de Savonarola, como ya aclarara Maravall, 1949, pp. 215-225.

## 2.2. Su estancia en México

El propio Motolinía nos ha relatado las peripecias del viaje. Por él sabemos que pisa suelo mexicano en San Juan de Ulúa el 12 de mayo de 1524 y que de ahí marcha, junto con sus compañeros, a la capital del imperio recién conquistado a pie y descalzo. Dos hechos notables, subrayados ya por los cronistas, tienen lugar en este itinerario: la fortísima impresión que recibe (que constituye el origen de su admiración por Cortés y por la enorme repercusión de sus proezas); y la adopción del nombre Motolinía por parte de Fray Toribio<sup>5</sup>. El primero desemboca en una convicción personal muy arraigada del papel providencial que había desempeñado el conquistador español. El segundo ejemplifica como ningún otro los anhelos de pobreza y caridad seráficos de los «doce apóstoles». El 18 de junio tiene lugar el encuentro en México entre los misioneros y Hernán Cortés, sus capitanes y caballeros, y los señores principales aztecas. La humilde actitud de Cortés en esta escena, sincera o premeditada<sup>6</sup>, tiene un efecto propagandístico fulminante y supone posiblemente el origen del prestigio y la legitimación de los frailes mendicantes a los ojos de la población indígena. Fray Jerónimo de Mendieta, consciente de la trascendencia del encuentro, lo relata en su *Historia Eclesiástica Indiana* (Libro III, cap. XII), si bien desde la óptica providencialista con que enjuicia a Cortés. Y el propio Bernal Díaz lo subraya en su *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*:

Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a recibir; juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; y ya que nos encontramos con los reverendos

---

<sup>5</sup> Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*, 1947, cap. CLXXVI, y Fray Jerónimo Mendieta, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, 1973, libro III, cap. XII, de forma más circunstanciada, nos informan de la adopción del apodo 'motolinía' por parte de Fray Toribio como su propio apellido; apodo que, por otra parte, traduce muy bien las obsesiones fundamentales de los doce franciscanos.

<sup>6</sup> No tenemos por qué dudar de la sinceridad de Cortés, aunque sin duda haya también mucho de cálculo en ella. Lejarza, 13, 1948, pp. 43-136, ha mostrado la devoción que Cortés sentía por los franciscanos. En cualquier caso, si pretendía, como parece, un golpe de efecto, su éxito no pudo ser más rotundo. A influjos de su persona y las de sus capitanes los grandes dignatarios aztecas imitaron su actitud y acataron la autoridad de los recién llegados.

religiosos, el primero que se arrodilló delante de Fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos fue Cortés y no lo consintió, y él besó los hábitos y a todos los más religiosos, y así hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos, y Guatemuz y los señores de México. Y de que Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevaron caballos, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, así arrodillado delante de ellos, desde entonces tomaron ejemplo toos los indios, que cuando ahora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos

Fundada en unos meses la custodia del Santo Evangelio de México, los franciscanos se reparten por las ciudades que constituyen el corazón de la civilización azteca —México, Tezcoco, Tlaxcala, Huexotzinco— e inician la «conquista espiritual» del Anáhuac<sup>7</sup>. Fray Toribio es nombrado guardián del convento de México (1524-1527), donde comienza fervorosamente su labor evangelizadora e interviene en las intrigas políticas que suscitan los partidarios de Cortés (entre los que se encuentra) y sus detractores, tras la expedición de éste a las Hibueras<sup>8</sup>. El Capítulo de 1527 lo nombra guardián del convento de San Antonio de Tezcoco —donde se suministraban los primeros sacramentos— muy probablemente por su espíritu fogoso y su carácter emprendedor. Allí simultanea su actividad misionera con la labor inquisitorial hasta finales de 1527, en que viaja a Guatemala y Nicaragua para explorar las potencialidades misioneras de la región.

A principios de abril de 1529 Fray Toribio está de regreso en México. Pero el ambiente que encuentra está ensombrecido por el conflicto que se avecina

---

<sup>7</sup> Fray Toribio nos ha dejado suficientes testimonios de las considerables dificultades que tuvieron que vencer para arrumbar las creencias y ritos religiosos aztecas, así como su decidida actuación, que se inicia a poco de llegar a México, sin conocer aún el idioma náhuatl y que se concreta en *El libro de las Pláticas o Coloquios de los Doce Primeros Misioneros de México* (1924). En él se perciben la labor evangelizadora de los franciscanos, la dignidad con que los sabios aztecas defienden sus creencias frente a las impugnaciones de éstos, el anhelo de autodestrucción para no sobrevivir a la hecatombe de su mundo, y la catequización intensa que sobre ellos realizan los «doce apóstoles» (aunque el libro nos haya llegado incompleto). Una versión poética de las contestaciones de los nobles aztecas y de sus sacerdotes está en León-Portilla, 1964, pp. 24-28. Para percibir la enorme complejidad de este proceso, ver los libros de Ricard, 1994, y Borges, 1960.

<sup>8</sup> Véase Martínez, 1990, pp. 417-470.

entre los franciscanos, encabezados por Fray Juan de Zumárraga, investido con el cargo de «protector» de los indios, y la Primera Audiencia, presidida por Nuño de Guzmán<sup>9</sup>. Fray Toribio entra apasionadamente en el ojo del huracán y se convierte en uno de sus máximos dinamizadores<sup>10</sup>. Las arbitrariedades llegan a extremos insoportables para Fray Juan de Zumárraga, que excomulga a los oidores, lanza el entredicho a la ciudad de México en Cuaresma y decreta la *cessatio a divinis* el 7 de marzo de 1530, con la que priva a los vecinos de México de culto y sacramentos<sup>11</sup>.

Restablecida la situación con la docta Segunda Audiencia, el Capítulo Seráfico de este año encarga a Fray Toribio una misión polivalente e itinerante dentro de la orden. De ahí que entre 1531 y 1536 lo encontremos haciendo las actividades más diversas: funda la ciudad de Puebla (abril de 1531); planta dátiles en el convento de Cuernavaca; participa en sucesivas epístolas colectivas al Emperador con el fin de informarle de la situación misionera en México (noviembre de 1532), de sus propósitos de embarcar hacia China para iniciar nuevas evangelizaciones (enero de 1533), o de protestar airadamente por el beneplácito imperial a la esclavitud de los indios de Guatemala (julio de 1533) y manifestar la oposición frontal de los franciscanos.

1536 es un año crucial en las labores de Fray Toribio. El capítulo franciscano respalda la creación del colegio de Santiago de Tlatelolco para nobles indígenas, decide la transformación de la custodia del Santo Evangelio en provincia y lo nombra guardián de Tlaxcala. Le pide también que inicie una rigurosa investigación sobre las costumbres, creencias y organización de los

---

<sup>9</sup> Hoy día conocemos con detalle las causas del conflicto. En el fondo el choque era inevitable. Una Audiencia arbitraria y cruel, formada enteramente por enemigos de Cortés y dispuesta a explotar sin miramientos a los indígenas, y un grupo de religiosos, admiradores profundos del conquistador, que había asumido desde el comienzo la enorme tarea de proteger a los indios de los desmanes de los españoles —protección que Carlos V parecía refrendar con el cargo de que había investido al primer obispo de México— estaba abocada necesariamente al enfrentamiento encarnizado, como así ocurrió.

<sup>10</sup> Fray Toribio acogió en sagrado a los indios perseguidos por la Audiencia y amenazó con excomulgar a sus perseguidores. La Audiencia contraatacó acusándole de rebelde y conspirador contra la Corona. Así saltaba la chispa que no se apagaría ya hasta la llegada de la Segunda Audiencia (diciembre de 1530), que concluyó con una «absolución general». Absolución que Motolinía juzgará severamente en su *Historia* (1985, Tratado II, cap. X, p. 264). Sobre la acusación de rebeldía a la Corona véase Baudot, 1964, n.º 2, pp. 15-34. Por otra parte, siempre que cite un texto de la *Historia de los Indios de la Nueva España*, lo hago por la ed. de G. Baudot, 1985.

<sup>11</sup> Ver García Icazbalceta, 1947, t. I, pp. 38-124; t. II, docs. 1-6; y t. III, doc. 19.

mexicanos antes de la Conquista. Paralelamente se le permite completarla con la historia de los trabajos misioneros realizados por sus compañeros de llegada<sup>12</sup>. Se pretende con ello hacer un primer balance historiográfico de la «conquista espiritual» a la vez que plantar los pilares para la instauración del reino milenarior, cuya primera concreción es la obra de Fray Andrés de Olmos<sup>13</sup>.

Es muy probable que al principio Fray Toribio sintiera sus obligaciones etnográficas e históricas como una rémora para sus tareas evangelizadoras. Con todo, se dedicó de lleno a cumplir con los imperativos de su orden desde la guardianía del convento de Tlaxcala. De este año (1536) arrancan los primeros elementos de su ingente obra historiográfica. Pero, hombre de acción, Motolinía no permanece insensible ante las tensiones externas a su labor. Así participa plenamente en la áspera controversia que enfrenta a dominicos y agustinos con los franciscanos en lo referente a la eficacia de los bautizos colectivos. El capítulo 4.º del tratado II.º de la *Historia de los Indios de la Nueva España* resume básicamente los pareceres de la iglesia novohispana sobre la administración del bautismo y la actitud de rebeldía de Motolinía y de los sacerdotes franciscanos contra la determinación de los obispos mexicanos (1539), que no hacen sino divulgar la bula pontificia *Altitudo divini consilii* (1537), del papa Paulo III, por considerarla «contra razón». En este sentido, los autos sacramentales y los bautizos colectivos de las fiestas del Corpus y de San Juan en Tlaxcala (1538), o de Pascua de Resurrección (1539), dirigidos directamente por Fray Toribio son una manifestación clara del poderío franciscano en México y un desafío, más o menos encubierto, a las autoridades eclesiásticas novohispanas<sup>14</sup>. No concluyen con esto sus actividades: entre 1536 y 1542 Motolinía realiza continuos viajes a México, llevado de su afán evangelizador o de la necesidad de recopilar datos para su investigación; en 1540 está de asesor de los franciscanos recién llegados de Castilla con destino a Guatemala; y en febrero de 1541 ha concluido la «Epístola proemial» que encabeza su *Historia*.

<sup>12</sup> El Capítulo de Pentecostés de 1536 pedía «un misionero especialmente apto e informado, buen conocedor de las lenguas indígenas y que hubiera viajado mucho». Y, desde luego, nadie como Motolinía reunía tales requisitos. Requisitos a los que se unía «la intensidad de su esperanza apocalíptica» señalada por Baudot (1983), p. 274.

<sup>13</sup> Una copia manuscrita de la misma se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura Res. 165.3, ff. 20-102.

<sup>14</sup> Motolinía dedica el último capítulo del primer tratado de su *Historia de los Indios de la Nueva España* a estas fiestas, en una exaltación final que subraya lo acertado de la opinión franciscana, como ya señalara Arróniz, 1981, pp. 82 y 91.

El año siguiente el Capítulo Seráfico lo nombra vicecomisario y le encomienda la dirección de la misión franciscana en Guatemala. Parte en otoño de 1543 dirigiendo un importante contingente misionero y nueve meses después ha fundado la custodia del Santo Nombre de Jesús. Pero el desenvolvimiento de esta custodia no resulta apacible. El enrarecido ambiente creado por la proclamación de las *Leyes Nuevas* y los conflictos con los dominicos, al frente de los cuales se encuentra el Padre Las Casas, son fuente continua de sinsabores para Fray Toribio, que, hartado de antagonismos con los dominicos y de deserciones en sus propias filas, renuncia a su custodia y dimite. Y aunque es cierto que en diciembre de 1545 el obispo Marroquín y el licenciado Maldonado lo proponen al Emperador como obispo de Yucatán —a la vez que condenan sin paliativos la actividad del Padre Las Casas<sup>15</sup>— la proposición no prospera y Fray Toribio se vuelve a México, donde lo encontramos ya en 1546.

Un hecho accidental —la muerte del provincial electo— lo coloca inmediatamente en la cresta de la ola: es nombrado Vicario Provincial de la orden. Su labor debió de ser muy meritoria cuando el capítulo de 1548 lo confirmó en el cargo por otros tres años. Es éste un período (1546–1551) de máxima responsabilidad para Motolinía<sup>16</sup>, dominado por el conflicto que genera la imposición del diezmo a los indios<sup>17</sup>. Se intentaba resolver con él la situación financiera de la iglesia secular en México y sentar las bases de un clero secular, a imagen y semejanza del existente en España. La medida tenía que chocar de frente con los ideales franciscanos de una iglesia misionera y pobre, sin boato ni jerarquías. De ahí que Fray Toribio iniciara una actividad epistolar, destinada al Emperador y al virrey, en la que señalaba el diezmo establecido a los indígenas como la causa inmediata de la extrema pobreza de los indios. El conflicto tuvo largas secuelas y supuso, a la larga, el fin del poder de las órdenes mendicantes en México, pero Fray Toribio ya no lo vería. El capítulo de 1551 lo releva de

---

<sup>15</sup> Desde luego, esto lo sitúa indudablemente en el partido Montejo-Maldonado- Marroquín (conquistador-auditor-obispo), enemigo de las actuaciones del dominico. Sin embargo, me parecen fuera de lugar las acusaciones vertidas por Martínez, 1953, pp. 173–199. Veo en ellas una muestra más de la pasión con que aún se interpretan los hechos de hace casi quinientos años.

<sup>16</sup> Entre otras actividades, preside el Capítulo de Uruapan (1549). Y muy probablemente fuera la autoridad que ordenara a Fray Bernadino de Sahagún la realización de su magna obra etnográfica, como afirma Garibay, 1971, t. II, pp. 66–67.

<sup>17</sup> Es imprescindible el artículo de Baudot, 1965, I, pp. 167–221, para conocer en profundidad la actitud beligerante de los franciscanos en este asunto y la decidida actuación de Motolinía a favor de los indios y en contra de la iglesia secular.

su cargo y eleva al provincialato a Fray Juan de Gaona. Le queda su enorme prestigio dentro de la orden, pero ya relegado de los altos cargos. En 1551 es guardián de Tacuba; de Atlixco en 1553, y de Cholula al año siguiente. Todavía firma algunas cartas dirigidas al Emperador o al virrey Luis de Velasco, en las que se perciben su preocupación por el diezmo impuesto a los indios y su autoridad moral entre los franciscanos.

En esta situación (octubre de 1554) llega a sus manos el *Confesionario de doze reglas*, del Padre Las Casas, publicado en España (1552) junto con otros tratados que condenaban íntegramente la empresa hispánica en América y obligaban —en el caso del *Confesionario*— a la restitución completa de los bienes expoliados a los indios. La ira y el escándalo que producen en Motolinía son considerables porque ve oficializadas e impresas ideas y proposiciones que niegan todo lo edificado en América hasta entonces y condenada, como parte del todo, la labor evangelizadora de los franciscanos. Abandona Cholula y se acoge a Tlaxcala (su convento favorito) para redactar la carta-panfleto que envía a Carlos V el 2 de enero de 1555<sup>18</sup>. Este documento, traspasado por las ideas providencialistas que sustenta Motolinía, ha sido fuente permanente de polémicas. En él se pretende justificar la magna empresa española ante la Corona (a la que se involucra directamente) y preservarla para su última finalidad: el Fin de los Tiempos, que está por llegar. Con sus conocimientos etnográficos e históricos del México precortesiano Motolinía explica al Emperador la «verdadera» realidad histórica de México, que las teorías de Las Casas, ignorante de ella, «embrollan y falsifican». En cambio, él se presenta como un experto conocedor de la historia precortesiana y de la realidad novohispana, que está en condiciones de refutar las ideas del dominico. Así, señala la «usurpación» del poder azteca en el Anáhuac y las prácticas diabólicas con que oprimían a los verdaderos dueños de la tierra. Y el alivio que ha supuesto para éstos la cristianización, como lo confirman los grandiosos éxitos de la evangelización<sup>19</sup>. Con ello refuta, por injustas y difamatorias, las teorías anticolonialistas, a la vez que sienta las bases de la justificación de la conquista de América desde la óptica providencialista que guía sus actos.

<sup>18</sup> Dicha carta fue publicada ya por Ramírez, 1859. Lejarza, 1971, pp. 335-345, la divulgó en su edición de la BAE. Ahora puede leerse en ediciones tan asequibles como la de Esteva, anexa a su *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1985, pp. 301-326, o la de 2010 (Linkgua, 2009).

<sup>19</sup> Como vemos, en el fondo del conflicto Motolinía-Las Casas se enfrentan dos concepciones antagónicas —y por eso complementarias— de la empresa española en América, que, con distintos matices, mantienen su vigencia a los largo de los siglos.

Su última carta (20 de noviembre de 1555) lo muestra urgido nuevamente por sus esperanzas milenaristas e impenitente en el asunto del diezmo indígena, en el que ve la causa última de la miseria de los indios y el fin de la iglesia misionera:

(...) ver que la iglesia que con tantos trabajos emos criado y dado leche de doctrina, le pongan el cuchillo a la garganta para quitalle la vida (...) acá está el cuchillo en manos furiosas (...) está el cordero a los pechos de la madre que aún no tiene lana y ya le quieren trasquilar, y pluguiese a Dios que no fuesse desollar (...).

Los últimos años de su vida son motivo de conjetura. Sabemos de su ascendencia moral sobre Fray Jerónimo de Mendieta, como también del increíble percance (1558) por el que Fray Toribio es condenado a más de un año de cárcel dentro de su monasterio. Y aunque desconozcamos las razones profundas de tal castigo, creemos que el hecho ha de relacionarse con la progresiva eliminación —desde la propia orden— de la primitiva iglesia misionera. En fin, sea cual fuere la verdadera razón, lo cierto es que Motolinía se somete a las decisiones del capítulo de 1560 y se retira al convento de México, donde pasa los nueve últimos años de vida —muere el 9 o el 10 de agosto de 1569— en el más estricto anonimato.

### 3. LA HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA

#### 3.1. Transmisión y finalidad de la obra

El estudioso que se acerca a la obra histórica y etnográfica de Fray Toribio Motolinía queda sorprendido por un hecho insólito: la *Historia de los Indios de la Nueva España* es el único libro que nos ha llegado de su, al parecer, considerable catálogo<sup>20</sup>. Y esa sorpresa va en aumento cuando descubre que el título con

---

<sup>20</sup> No es tan accesoria como pudiera parecer esta cuestión, pues constituye una muestra clara de la «mutilación» y las alteraciones que sufrieron las crónicas franciscanas, de que hablé al comienzo del trabajo. De la *Historia...* no se conserva ningún manuscrito ológrafo de Fray Toribio, y los tres manuscritos conocidos del siglo XVI son copias de borradores, posiblemente ológrafos, confeccionados quizá para uso interno de la orden. Al lector interesado por estas cuestiones le aconsejo el libro de Baudot, 1983, pp. 330-386. En estas páginas se analizan las distintas catalogaciones que historiadores y bibliógrafos han establecido a lo largo de los siglos, desde su discípulo Mendieta, y se ofrece el índice de la, con toda seguridad, crónica definitiva de Motolinía, hoy perdida. Un resumen de ello puede verse en la «Introducción» de G. Baudot a su edición (1985), pp. 40-71.

que se conoce no se corresponde con el que recogen los manuscritos del siglo XVI que la han transmitido, sino con el posible título de su crónica definitiva<sup>21</sup>: *Rrelación de los rritos antiguos ydolatrías y sacrificios de los Yndios de la Nueva España*. El nombre actual, *Historia de los Indios de la Nueva España*, posiblemente se deba a una corrección efectuada por el Padre José de Sigüenza (1616) al catálogo de la biblioteca de El Escorial. Las copias posteriores recogen el título ya corregido.

Para Baudot, la *Historia...* es un extracto de urgencia de lo que sería su crónica definitiva, elegido entre diversos borradores más amplios, incompletos aún y sin una ordenación definitiva. Esta evidencia resulta clave —según el crítico francés— para entender plenamente el texto que encierra. Fray Toribio ofrece en él un anticipo condensado al Conde de Benavente con la intención de salvaguardar los proyectos franciscanos en América, alertando a tan poderoso personaje (de notable ascendencia sobre Carlos V) para que abogara por la causa franciscana. La inminente publicación de las *Leyes Nuevas* (1542) comprometía la evangelización de Guatemala y hacía peligrar el significado milenarista de la cristianización americana, ya mediatizada por la regulación papal sobre los bautizos colectivos. Por otra parte, la rebelión de los indios de Nueva Galicia parecía atajar la presencia española en todo el país. A ojos de Motolinía se presentaban «urgencias apremiantes» que había que solucionar. Así pues, la *Historia de los Indios de la Nueva España* surge como una obra de propaganda, cuyo fin es prevenir, alarmar y convencer a «un poderoso personaje de la intimidad imperial» y decidirlo a favor de las concepciones y las actividades franciscanas<sup>22</sup>. Por eso contrasta con los *Memoriales* y con la crónica definitiva en su ausencia casi total de investigaciones etnográficas y en la insistencia con que narra las proezas apostólicas de los franciscanos y sus extraordinarios logros. Los capítulos que dedica a la investigación etnográfica en el Tratado Primero subrayan los aspectos «más execrables» de la religión prehispánica. Y los capítulos no misionales del

<sup>21</sup> Con ciertas variantes, los manuscritos de la ciudad de México, El Escorial y la Hispanic Society de Nueva York recogen el mismo título. Una descripción de éstos y de las distintas ediciones hasta 1985 se encuentra en la «Nota bibliográfica», ed. de G. Baudot, 1985, pp. 76-83.

<sup>22</sup> O’Gorman, 1982, piensa, en cambio, que la *Historia...* no es de Motolinía, sino un extracto sacado de su crónica definitiva por Fray Martín de Hojacastró, cuando Fray Toribio se encontraba en Guatemala (1544). Sus argumentos no me parecen tan consistentes como para descartar la autoría y fechación tradicionales (Fray Toribio y 1541). En el fondo este libro responde a una justificación circunstanciada de lo que ya expusiera en su edición de la *Historia...* (1969), que fue duramente criticada por Baudot, 1985, pp. 344-345 y 358-362.

Tratado Tercero se dedican a la descripción de las bellezas naturales de América o a curiosidades etimológicas. Es decir, a aquellos aspectos que podían despertar el interés de un lector español alejado de la realidad americana.

### 3.2. Análisis de la *Historia de los Indios de la Nueva España*

Dudo mucho de que la composición narrativa de la *Historia...* ratifique completamente las afirmaciones de Baudot. Son numerosas las veces en que Motolinía fustiga la codicia de los españoles y se erige en defensor de los indios como para creer que estuviera en contra de las Leyes Nuevas, con la que coincidía en muchos aspectos<sup>23</sup>. De hecho, las palabras que introduce en el capítulo IX de la Tercera Parte parecen coincidir, en cierta medida, con las intenciones de la Corona. Lo que sí se desprende de una lectura atenta del texto es su carácter de borrador inacabado para uso privado del Conde de Benavente. Muchos párrafos demuestran fehacientemente que son apuntes sin corregir; escritos en su mayoría al compás de los acontecimientos, sin una construcción cuidada y sin una ordenación final; todavía deudores directos de sus informantes. Y Fray Toribio, consciente de ello, pide al Conde de Benavente al final de la «Epístola Proemial» que, «si esta relación saliere» de sus manos, «la mande examinar» por doctísimas personas, «porque muchas cosas después de escritas aún no tuve tiempo de las volver a leer, y por esta causa sé que va algo vicioso y mal escrito»<sup>24</sup>. Como consecuencia de ello hay numerosos materiales de aluvión, que se prestan a ser colocados en un lugar o en otro. Así el párrafo 65 (Tratado I, capítulo III, pp. 131-132) cabría mejor, quizá, dentro del párrafo 392 (Tratado III, capítulo XII, p. 349) y lo llenaría de sentido. Y otro tanto podría decirse de las sucesivas

<sup>23</sup> Cuando llegó a México la noticia de las Leyes Nuevas, traídas por el propio Comisario General de los franciscanos (1543), éstos no la recibieron con reservas ni con reticencias. Tampoco se opusieron en principio a su implantación. Lo que sí hicieron fue recomendar a la Corona prudencia, porque veían indispensable la convivencia y el entendimiento entre los españoles y los naturales para el bien de «ambas repúblicas».

<sup>24</sup> Motolinía, 1985, p. 113. Esta idea la repite en diversos pasajes de la *Historia...*, aunque, quizá, ninguno tan claro como el siguiente: «Algunas veces tuve pensamiento de escribir y decir algo de las cosas que hay en esta Nueva España, naturales y criadas en ella, como de las que han venido de Castilla, cómo se han hecho en esta tierra, y veo que aún por falta de tiempo ésta va remendado y no puedo salir bien con mi intención en lo comenzado; porque muchas veces me corta el hilo la necesidad y caridad con que soy obligado a socorrer a mis prójimos, a quien soy compelido a consolar cada hora» (p. 328).

dataciones cronológicas, que obligan al lector a un continuo trasiego de fechas y lugares relacionado con la historia temprana de México y con la vida del propio Motolinía. O de la innecesaria repetición de ideas que ya han sido desarrolladas. El Tratado Tercero resulta el más perjudicado por ello, sin la coherencia y homogeneidad de los dos anteriores, aunque se perciba con claridad la idea fundamental que lo sustenta: América, tierra de promisión guardada a los franciscanos, que, por su disposición y mansedumbre seráficas, se han hecho merecedores de ella y, por sus sudores, de su tutela. De ahí el titubeo del relato entre la tercera y la primera personas, que si a veces le confiere complejidad al texto (las epístolas intercaladas del Tratado I, capítulo XV), otras le hace caer en frecuentes intrusiones y digresiones moralizantes, o simplemente en errores de composición.

La visión providencialista de Motolinía traspasa la *Historia de los Indios de la Nueva España* desde la «Epístola proemial» y se mantiene a lo largo de los tres tratados de que consta. Todos los sucesos narrados se presentan al lector, más o menos implícitamente, como designios de la voluntad divina, que ha permitido que se descubran «cada día tantas y tan grandes y ricas tierras» y que Dios sea conocido por sus gentes y «su santo nombre y fe ensalzado y glorificado» (p. 98). Así, la conquista se justifica plenamente —pese a las injusticias, que Fray Toribio recrimina con dureza— porque ha arrebatado esta tierra del dominio del diablo y la ha rescatado para Dios. Lo que era un trasunto del infierno se ha convertido —por obra y gracia de la evangelización— en una nueva Jerusalén de paz y de quietud.

Lo chocante es que esta actitud no empece la base experiencial en que se apoya la confección del discurso. Motolinía muestra continuamente que los hechos narrados constituyen observaciones cuyas vistas, vividas u oídas a gentes de contrastada honradez. No debe extrañarnos por eso que el capítulo inicial constituya un testimonio fidedigno de las numerosas calamidades sufridas por los indígenas como consecuencia del impacto de la conquista —epidemias, hambres, mortandad y esclavitud—, un diagnóstico acertado de sus causas y, paralelamente, una manifestación de la providencia divina, por la cual tantas injusticias se convierten en castigos de Dios, similares a los que se abatieron sobre el pueblo de Egipto por su crueldad con el pueblo de Israel<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> La *Biblia* constituye en muchas fases de la *Historia...* fuente documental. En este capítulo la comparación implícita con las diez plagas de Egipto resulta evidente. La lectura complementaria de los capítulos I y II de la primera parte de los *Memoriales* (1970, pp. 9-16) desvanece cualquier duda al respecto.

Así se inicia el Tratado Primero, cuyos capítulos siguientes (II-IV) presentan una alternancia entre la actividad misionera —decidida y brutal, por insensible a las antiguas creencias de sus evangelizados— y la exposición de los actos indígenas, que muestran «era esta tierra un traslado del infierno» (p. 125). De ahí que junto a la educación de los hijos de los señores principales a la fe cristiana (básica para la evangelización, como se subraya en distintas partes del texto<sup>26</sup>), Motolinía nos describa las beoderas, el uso de los hongos alucinógenos, la presencia permanente de las sierpes —imágenes del diablo— o la antropofagia en los aztecas. La erección de iglesias resulta casi simultánea de la destrucción de los templos e ídolos indígenas y del ahuyentado de sus sacerdotes. Cualquier medio es válido para conseguir la evangelización, incluida la delación de los «indios buenos» (ya convertidos), porque a pesar de la aparente adopción de la doctrina cristiana perviven las viejas creencias. Los pilares básicos de su predicación —Dios, Santa María Virgen<sup>27</sup>, la inmortalidad del alma y la existencia del demonio— contrastan con los ritos idolátricos aztecas y con los braseros y serpientes infernales<sup>28</sup> de sus templos, que a los ojos de los franciscanos mostraban con claridad el yugo con que los tenía sujetos el diablo.

Esta alternancia desaparece en los capítulos siguientes (desde el capítulo V hasta bien entrado el capítulo XII) para dar paso a la descripción pormenorizada de las costumbres mexicanas, enfocadas siempre desde la óptica de un seráfico sobrecogido por la omnímoda presencia de lo demoníaco: el calendario azteca, comparado con otros de la Antigüedad, está precisado en su concepción cíclico-apocalíptica. La exposición truculenta de los sacrificios humanos a sus dioses —Huitzilopochtli, Tlaloc, Matlacueyes, Diosa de la sal, Tititl—; sus diversos tipos —asaeteamiento, decapitación, despellejamiento, etc.—; o los ritos purificadores relacionados con la sangre o con la antropofagia, están narrados desde una actitud sinceramente horrorizada. Las anotaciones de Fray Toribio,

<sup>26</sup> La educación de los hijos de los señores principales, o de estos mismos señores, fue determinante para favorecer la evangelización, por el enorme prestigio social que tenían sobre los demás indios. Es lo que Borges, 1960, pp. 377-405 englobó como «Métodos verticales» de evangelización.

<sup>27</sup> Motolinía, atento anotador, recoge ya la confusión teológica que la traducción de este concepto al náhuatl conlleva; confusión que será tan fértil para el ulterior desarrollo de la tradición guadalupana.

<sup>28</sup> El contraste se prolonga en el tiempo de la narración de la *Historia...* Siempre subyace el antes y el ahora, en que el indígena arde «en el fuego de la devoción» y canta en su lengua el Pater Noster, el Ave María, la Salve Regina y los mandamientos varias horas al día (pp. 134-135).

a pesar de su incompreensión del mundo azteca y de su cultura, nos permiten intuir el tono sagrado de sus ceremonias, sobre todo las relacionadas con el maíz (al borde, a «la caída de las aguas», crecido hasta la rodilla, o ya maduro). Las numerosas fiestas, los incontables sacrificios y los continuos ayunos y mortificaciones —sobre todo de sus sacerdotes— en las distintas ciudades aztecas posibilitan el vislumbre de una confederación política y espiritual de pueblos guerreros, regida por principios religiosos.

Lo curioso es que todo este rigor ascético, de constantes penalidades y mortificaciones, profusamente descrito por Motolinía en el capítulo IX, guardaba grandes paralelismos con el ascetismo franciscano, aunque los misioneros seráficos lo desecharan por las peligrosas implicaciones que podía acarrear<sup>29</sup>. No debe chocarnos por eso el que, una vez despojado de sus ritos sangrientos y antropófagos<sup>30</sup> con que los tenía «tiranizados» el demonio, Motolinía vea en el indio mexicano al sujeto ideal para aceptar la «verdadera fe», e incluso para entender el sacrificio incruento de la consagración eucarística.

El capítulo XII constituye un gozne entre el pasado pre-cristiano de México y la transición al México «recuperado» para la fe. De ahí que Fray Toribio lo inicie describiendo la magnificencia de los templos aztecas (*teocalmes*) y su elevado número, como un notario fidedigno que perpetúa una realidad en trance de desaparecer<sup>31</sup>, y lo concluya con una exaltación de su fe providencialista, lo que le permite explicarse el hecho tan portentoso de que «unos pocos» ganaran «tan gran tierra» de tantos naturales belicosos», que tan

<sup>29</sup> Ricard, 1994, p. 104.

<sup>30</sup> Fray Toribio se apoya constantemente en testimonios directos, como ya anticipé. Como ejemplos tomados al azar, sirvan éstos: «Después de lo arriba escrito vine a morar en esta casa de Tlaxcallan, y preguntando y inquiriendo de sus fiestas, me dijeron de una notable en crueldad, la cual aquí contaré» (p. 165). «Dicen los ayudantes que padecían grandísimo trabajo en resistir...» (p. 173). O la recapitulación final del capítulo XI, que subraya indirectamente lo beneficioso de la conquista: «Otras muchas ceremonias guardaban, que por evitar prolijidad las dejo de decir; baste saber las crueldades que el demonio en esta tierra usaba, y el trabajo con que los hacía pasar la vida a los pobres indios, y al fin para llevarlos a perpetuas penas» (p. 173).

<sup>31</sup> «La manera de los templos de esta tierra de *Anáhuac*, o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere gran cimiento. Y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra, de los cuales había infinitos; y de ellos se hace aquí memoria para los que a esta tierra vinieren de aquí adelante, que lo sepan, porque ya va casi pereciendo la memoria de todos ellos» (pp. 173-174).

pocos la mantuvieran y que tan pocos, en fin, estén consiguiendo «extirpar totalmente la idolatría»<sup>32</sup>. La actuación franciscana en el corazón del mundo azteca —Tlaxcala, Tezcoco, México y Huexotzinco— es interpretada como el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de Dios contra el demonio, sobre cuyos cimientos físicos y espirituales —templos y sacerdotes— se erigen las iglesias y conventos de indios, y la cristianización, que han hecho posible el que esta gente belicosa sea ahora «aquietada y solemne».

Los capítulos XIII-XV subrayan la «solemnidad» de las fiestas mexicanas —Navidad, Reyes, Candelaria, Domingo de Ramos, Corpus, etc.— y muestran al través el sabio aprovechamiento de costumbres indígenas por parte de los misioneros para consolidar la «conquista espiritual», en un sincretismo de creencias que aún hoy constituyen parte esencial del ser mexicano. Motolinía describe la profusa decoración de los lugares donde se realizan las fiestas, el soberbio atuendo de «los señores principales» y las danzas y canciones con que las celebran<sup>33</sup>. La abundancia de luminarias en las capillas de indios y en los patios, antes reflejos maléficos del averno, ahora semejan «un cielo estrellado», especialmente en la noche de Navidad. Y los castigos y mortificaciones con que se disciplinaban por instigación del demonio, son ahora, en la procesión del Jueves Santo, extraordinarias muestras de religiosidad, que «sirven de mucho ejemplo y edificación a los españoles que se hallan presentes» (p. 185). Como vemos, una detallada gradación narrativa de los beneficios que Dios ha concedido a los indios cristianizados, en un ambiente de exaltada espiritualidad y escenarios espectaculares que sobrecogen al espectador y lo preparan para una catarsis colectiva, como ocurre en la procesión del Corpus en Tlaxcala (1538):

(...) hicieron aquí los tlaxcaltecas una tan solemne fiesta, que merece ser memorada, porque creo que si en ella se hallaran el Papa y Emperador con

<sup>32</sup> *Historia...*, p. 178: «... pero ya que Dios los trajo al gremio de su iglesia y los sujetó a la obediencia del rey de España, Él traerá los demás que faltan y no permitirá que en esta tierra se pierdan y condenen más ánimas, ni haya más idolatría».

<sup>33</sup> Dichas canciones son un buen ejemplo del sabio aprovechamiento de las costumbres indígenas por parte de los franciscanos y del sincretismo cultural mexicano que emerge ya desde sus comienzos: son traducidas previamente por los frailes y trasladadas poéticamente por los maestros de sus antiguos cantares en los metros a que estaban acostumbrados, *Historia...*, p. 181: «... y dicen cantares en su lengua de las fiestas que celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares los han puesto a su modo en manera de metro, que son graciosos y bien entonados».

sus cortes holgaran mucho de verla (...) y notar cómo una gente hasta ahora tenida por bestial supiese hacer tal cosa.

Iba en la procesión el Santísimo Sacramento y muchas cruces y andas con sus santos; las mangas de las cruces y los aderezos de las andas hechas todas de oro y pluma, y en ellas muchas imágenes de la misma obra de oro y pluma, que las bien labradas se preciarían en España más que de brocado. Había muchas banderas de santos. Había doce apóstoles vestidos con sus insignias. Muchos de los que acompañaban la procesión llevaban velas encendidas en las manos. Todo el camino estaba cubierto de juncia, y de espadañas y flores, y de nuevo había quien siempre iba echando rosas y clavelinas. Y hubo muchas maneras de danzas que regocijaban la procesión. Había en el camino sus capillas con sus altares y retablos bien aderezados para descansar, adonde salían niños cantores cantando y bailando delante del Santísimo Sacramento. Estaban diez arcos triunfales grandes muy gentilmente compuestos. Y lo que era más de ver y para notar, era que tenían toda la calle a la larga hecha en tres partes como naves de iglesia (...). Y este apartamiento era todo hecho de unos arcos medianos que tenían de hueco a nueve pies; y de éstos había por cuenta mil y sesenta y ocho arcos, que como cosa notable y de admiración lo contaron tres españoles (...). Estaban todos cubiertos de rosas y flores de diversas colores y maneras (...). Había obra de mil rodela hechas de labores de rosas (...).

(...) Una cosa tenían muy de ver: tenían en cuatro esquinas o vueltas que se hacían en el camino, en cada una su montaña, y de cada una salía un peñón bien alto; y desde abajo estaba hecho como prado, con matas de hierba, y flores, y todo lo demás que hay en un campo fresco; y la montaña y el peñón tan natural como si allí hubiera nacido. Era cosa maravillosa de ver, porque había muchos árboles, unos silvestres y otros de frutas (...). Y porque no faltase nada para contrahacer a todo lo natural, estaban en la montaña unos cazadores muy encubiertos, con sus arcos y flechas, que comúnmente los que usan de este oficio son de otra lengua, y como habitan hacia los montes son grandes cazadores. Para ver estos cazadores había menester aguzar la vista, tan disimulados estaban y tan llenos de rama y de hierba y vello de los árboles (...) (pp. 192-194).

Como podemos ver, un escenario grandioso que conduce a la culminación final del Tratado Primero con la narración de las representaciones teatrales de los años 1538 y 1539. Este capítulo ha sido profusamente utilizado por su importancia para el conocimiento del primitivo teatro evangelizador, por lo que

no voy a detenerme mucho en él<sup>34</sup>. Con todo, quiero resaltar la magnificencia del decorado natural, de origen indígena, aprovechado por los franciscanos, la complejidad de la tramoya, la composición de los autos en prosa, «que no es menos devota la historia que en metro» (p. 196), la utilización de la gestualidad dramática, la calidad de los actores indígenas y la total identificación del público con la acción representada, que sorprendido por las escenas, ríe, llora o se sobrecoge de terror con ellas<sup>35</sup>.

*La conquista de Jerusalén* es el auto al que Motolinía concede más extensión y detenimiento. Y, desde luego, es al que la crítica ha dedicado más atención. La extrañeza que causaron los «anacronismos históricos y geográficos» de su argumento y la curiosa inclusión de sus personajes, en especial de Hernán Cortés como Soldán de Babilonia y Tlatoani de Jerusalén, y de Alvarado como su Capitán General, ha estado en el origen de hipótesis tan controvertidas como las que ven en este hecho un agravio a los conquistadores, la mano de un indígena resentido, un intento por parte de la nueva administración virreinal de desacreditarlos, o un velado homenaje a Cortés para equipararlo nada menos que al propio Emperador. Unas y otras olvidan que los tlaxcaltecas esperaron a ver qué se representaba en México sobre el asunto con motivo de la paz entre Carlos V y Francisco I para confeccionar *La conquista de Jerusalén*, la supervisión permanente de los autos que los franciscanos llevaban a cabo y que la introducción de personajes históricos en las representaciones teatrales era un honor reservado a caballeros importantes, como atestigua la tradición hispana en las fiestas de moros y cristianos, de las que *La conquista de Rodas* constituye su continuación. A todas ellas da cumplida respuesta Beatriz Aracil en el apartado que dedica al análisis del auto, para concluir afirmando que en *La conquista de Jerusalén* Fray Toribio recrea «una nueva idea de cruzada»,

---

<sup>34</sup> Al lector interesado le recomiendo especialmente Pazos, 1951, pp. 129-189; Brinckmann, 1970; Horcasitas, 1974; y Aracil Varón, 1999, como los estudios generales más importantes sobre el teatro misionero.

<sup>35</sup> No cabe duda de que en las reacciones de los espectadores se daban amalgamados diversos aspectos, como la catarsis dramática, el aleccionamiento catequético y las experiencias religiosas prehispanas, o los vicios que se querían reprimir. Autos como *El sacrificio de Isaac* atacaban directamente los sacrificios humanos aztecas; el destierro de Adán y Eva en *La caída de nuestros primeros padres* perpetuaba analógicamente la pérdida de México y «nadie lo vio que no llorase recio»; y los demonios que se llevan al infierno al indio «beodo» y a las hechiceras por órdenes de San Francisco de Asís, y les prenden fuego dentro de él, recuerdan las penas que esperan a los que no siguen la doctrina cristiana, y «ponía mucha grima y espanto aun a los que sabían que nadie se quemaba» (p. 215).

basada en la realidad histórica imperial —la lucha en el Mediterráneo contra el turco— para actualizar «el sueño medieval de la Conquista de Tierra Santa» a través de dos hechos históricos en los que la idea de cruzada adquiere gran relevancia: la conquista de Granada y la conquista de México. Así cobra sentido la incorporación de personajes como Don Antonio Pimentel, el virrey de México, el Emperador, el Papa, o Cortés y Alvarado<sup>36</sup>.

Pero no concluyen con éstas las complejidades que *La conquista de Jerusalén* encierra. La sola intervención de los indios como ejército autónomo, aunque sean dirigidos por Don Antonio de Mendoza, en una empresa común con los demás ejércitos cristianos simboliza la integración de los nuevos convertidos en el sistema político-religioso imperial, que reconoce un «status» preferencial a los tlaxcaltecas como aliados de Cortés en la conquista de México. La multitud de indios, que solicita el bautismo, a instancias de Cortés, es una demostración de fuerza de la orden franciscana y un abierto desafío a las autoridades eclesiásticas novohispanas. La insinuada homologación de México con Babilonia y Jerusalén forma parte del imaginario espiritual franciscano y se manifiesta con rotundidad en el Tratado Tercero de la *Historia de los Indios de la Nueva España*, como veremos más adelante. En fin, y por concluir los simbolismos del auto, no deja de ser curioso que sea Cortés quien convenza a los moros-indios de la «ceguedad de pecados» en que vivían, de que «pelean contra santos y ángeles» y quien los lleva colectivamente al real del Papa para que soliciten el bautizo.

Estrechamente relacionada con este mundo apacible y recién ganado para «el fin del mundo», está la oposición entre las cualidades (virtudes) del indio desamparado y los vicios de los españoles. En esta idea, que atraviesa gran parte de la *Historia de los Indios de la Nueva España*, subyace la separación anhelada por los franciscanos entre la Vieja Jerusalén y la Nueva, incontaminada, con todas las implicaciones religioso-políticas que conlleva. Más o menos explícita, esta oposición se hace eco del debate sobre la humanidad del indio, su desamparo en este valle de lágrimas (como parece reflejar el auto *La caída de nuestros primeros padres*), los móviles y justificación de la conquista, y el mito del buen salvaje<sup>37</sup>. Para Motolinía los indios cristianizados son humanos, por supuesto; pero imbuido de las teorías aristotélicas los considera «siervos» y «te-

<sup>36</sup> Aracil Varón, 1999, pp. 448- 496.

<sup>37</sup> Motolinía, 1985, pp. 131-133; 188-192; 232-333, 258, 261, 267-268, 275 y los capítulos XII y XIII del Tratado Tercero.

merosos» por naturaleza (pp. 232 y 258); «mansos», «humildes» y desprendidos de cualquier bien material, aunque habilísimos para todo arte y oficio, y de «gran memoria y entendimiento». Es decir, su aristotelismo esencial los percibe como seres menores e indefensos, que hay que tutelar para preservarlos de la codicia de los malos españoles, que, por oposición a éstos, son «de corazón grandes y vivos».

El Tratado Segundo constituye una historia circunstanciada de la evangelización de la Nueva España, siempre desde la óptica providencialista, para resaltar las «maravillas que Dios en estos gentiles comenzó a obrar» (p. 217). Tras la declaración inicial de que sus superiores le mandaron escribir la *Historia...* para que se conocieran la psicología de los naturales de la Nueva España, y las obras de la bondad divina en estas tierras; de modo que los que llegaran en el futuro a Nueva España supieran las cosas notables y los trabajos y penurias que pasaron por implantar la fe y la religión<sup>38</sup>. Motolinía narra los buenos principios que tuvo la cristianización, cuando aún no sabían náhuatl, la predisposición de los indios para convertirse y su sucesiva incorporación a los sacramentos, relacionándolos con las visiones y milagros que salpican los dos últimos tratados, en un tono felizmente calificado de «impertérrito»<sup>39</sup>. Por las páginas de la *Historia...* discurren numerosas anécdotas maravilloso–edificantes que subrayan la providencia divina: la intervención milagrosa de la Cruz en los bautizos colectivos; las grandes disciplinas que los indios piden en sus confesiones, hechas «por figuras y caracteres»; las dificultades para erradicar la poligamia; la desaparición de los ídolos, etc. Todas resaltan la desbordante actividad franciscana, ejemplificada en forma autobiográfica. Y, paralelamente, las tensiones que van surgiendo en la incipiente realidad novohispana: los conflictos entre españoles tras la marcha de Cortés a las Hibueras (1524–1526), la disputa con la Primera Audiencia, dirigida por Nuño de Guzmán y el entredicho de Fray Juan de Zumárraga a la ciudad de México (cap. X); la polémica entre las órdenes re-

<sup>38</sup> «Estando yo descuidado y sin ningún pensamiento de escribir semejante cosa que ésta, la obediencia me mandó que escribiese algunas cosas notables de estos naturales, de las que en esta tierra la bondad divina ha comenzado a obrar(...) Y también para que los que adelante vinieren, sepan cuán cosas notables acontecieron en esta Nueva España y los trabajos e infortunios(...) y la fe y la religión que en ella el día de hoy se conserva y aumentará...» (p. 216).

<sup>39</sup> Término que usa Bellini, en su «Introducción» a la *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1988, p. 24, posiblemente tomado del calificativo usado por García Márquez para explicar el tono en que está escrita *Cien años de soledad*.

ligiosas por la administración del bautismo a los indígenas (cap. IV); la guerra del Mixtón (caps.VIII–XI); y, desde luego, el eterno debate sobre la humanidad o inhumanidad de los indios que encuentra eco en este tratado como hemos visto unas páginas antes.

De todas ellas posiblemente sea la polémica entre las órdenes religiosas por la administración del bautismo la que ocupe más la atención de Fray Toribio, como vimos en su biografía. Las desavenencias entre los primeros misioneros y los que llegaron después sobre cómo se administraba el sacramento del bautismo llegaron a un punto en que fue necesaria una reunión de toda la Iglesia Novohispana y de la Audiencia Real para dirimir las (1 de mayo de 1532). La Junta decidió elevar una relación a España para que entre el Consejo Real, el de Indias y el arzobispo de Sevilla determinaran cómo debía hacerse el bautismo. Éstos recomendaron que se siguiera haciendo como se venía haciendo hasta tanto no emitiera el Papa un veredicto. Con todo, no se apaciguaron los ánimos y la discordia se mantuvo hasta que llegó a México la bula de Paulo III *Altitudo divini consilii* (emitida con el ánimo de frenar el ardor franciscano), y en abril de 1539 una nueva Junta Eclesiástica dictaminó la forma y el procedimiento en que deberían llevarse a cabo los bautismos. Su dictamen fue respetado por todos durante algunos meses, hasta que los franciscanos «se determinaron de bautizar a cuantos viniesen, no obstante lo mandado por los obispos» (p. 234), ante la constante «importunación» de las muchedumbres indígenas en demanda de bautizo —sanos, cojos, mancos, mujeres con niños auestas y viejos, que «apenas se podían tener»—, que recuerdan por su paralelismo a las importunaciones y demandas de curas milagrosas a Jesucristo en los Evangelios.

Fray Toribio asume plenamente el punto de vista de su orden en este asunto, aunque pretenda hacernos creer que lo hace con la máxima objetividad. Desde su experiencia evangelizadora ataca a «los que llegaron después», porque ignoran la lengua náhuatl y no están por eso en condiciones de «hablar absolutamente sobre esta materia», ya que desconocen lo que saben sus catequizados y su modo de ser y de pensar. Y no contento con ello, sigue abundando en las razones de parte de los franciscanos. Unas son de orden teológico, encaminadas a rebatir con autoridades eclesásticas reconocidas los argumentos que les objetaban las otras órdenes. Otras son de orden práctico, para hacerles ver los efectos perversos que se siguen de no administrar el bautismo a los que lo solicitan, o recordarles las enormes dificultades que tuvieron que superar para poder realizar la evangelización, tales como la inmensa multitud de indios que pedían el bau-

tismo al principio y la escasez de sacerdotes para administrarlos, lo que imposibilitaba «hacer el oficio con la pompa y ceremonias de España»; la inexistencia siquiera de iglesias y de vino para decir misa; o las múltiples situaciones a que se enfrentaba un solo sacerdote y la diversidad de actividades agotadoras que tenía que realizar al comienzo de la evangelización, pues «había de bautizar, confesar, desposar y velar, y enterrar, y predicar, y rezar, y decir misa, deprender la lengua, enseñar la doctrina cristiana a los niños y a leer y cantar» (p. 231). Todo ello le lleva a concluir que por eso aprovechaban los bautizos colectivos, empezando por los niños, para volver «a predicar y a decir a los adultos y examinados lo que habían de creer, y lo que habían de aborrecer, y lo que habían de hacer en el matrimonio, y luego bautizaban a cada uno por sí» (p. 231).

El tratado discurre por diversos capítulos que recogen ejemplos virtuosos relacionados con el adelanto en la fe y en la caridad cristianas por parte de los indios, con los afanes de los misioneros por llevar la religión cristiana hasta los lugares más inhóspitos, muchas veces con peligro de sus vidas<sup>40</sup>, para erradicar los ídolos, las supersticiones y hechicerías que tenían», con la enorme ascendencia que sobre ellos han logrado y con las «malas muertes y arrebatadas» que han tenido muchos españoles que han tratado mal a los indios. Así se llega a su final reincidiendo en la idea inicial: las «maravillas» que Dios ha hecho en esta gente, con la que Motolinía justifica plenamente el carácter providencial de la conquista:

Pues concluyendo con esta Segunda Parte, digo: ¿Qué quién no se espantará viendo las nuevas maravillas que Dios hace con esta gente? Y ¿por qué no se alegrarán los hombres de la tierra delante cuyos ojos Dios hace estas cosas, y más los que con buena intención vinieron y conquistaron tan grandes provincias como son éstas, para que Dios fuese en ellas conocido y adorado? Y aunque algunas veces tuviesen codicia de adquirir riquezas, de creer es que

---

<sup>40</sup> *Historia...*, pp. 250-251: «... por tan áspera tierra y tan grandes montañas, que en partes entramos mis compañeros y yo(...) que a las veces subíamos por unos agujeros en que poníamos las puntas de los pies, y unos bejucos o sogas en las manos. Y éstos no eran de diez o doce pasos, mas uno pasamos de esta manera, de tanta altura como una torre. Otros pasos muy ásperos subíamos por escaleras, y de éstas había nueve o diez, y hubo una que tenía diez y nueve escalones; y las escaleras eran de un palo sólo, hechas unas concavidades, cavado un poco en el palo, en que cabía la mitad del pie, y sogas en las manos. Subíamos temblando de mirar abajo, porque era tanta la altura que se desvanecía la cabeza. Y aunque quisiéramos volver por otro camino no podíamos, porque después que entramos en aquella tierra había llovido mucho y habían crecido los ríos, que eran mucho y muy grandes».

sería accesoria y remotamente. Pero a los hombres que Dios dotó de razón, y se vieron en tan grandes necesidades y peligros de muerte, tantas y tantas veces, ¿quién no creerá que formarían y reformarían sus conciencias e intenciones, y se ofrecerían a morir por la fe y por la ensalzar entre los infieles, y que ésta fuese su singular y principal demanda? Y estos conquistadores y todos los cristianos amigos de Dios se deben mucho alegrar de ver una cristiandad tan cumplida en tan poco tiempo, e inclinada a toda virtud y bondad. Por tanto, ruego a todos los que esto leyeren que alaben y glorifiquen a Dios con lo íntimo de sus entrañas; digan estas alabanzas que se siguen, (...) Amén, Amén, Amén (pp. 269-270).

El Tratado Tercero viene a condensar los dos anteriores. Si en el primero Motolinía incidía en el México prehispánico «traslado del infierno», y en el segundo en «las maravillas que Dios ha obrado en esta tierra», en éste se explicitan los «instrumentos» (los agentes) de que Dios se ha servido para llevar a cabo la evangelización: Hernán Cortés, primero<sup>41</sup>; y los misioneros franciscanos después. Claro reflejo de ello son el título con que encabeza su capítulo I («De cómo los indios notaron el año que vinieron los españoles, y el (...) que vinieron los frailes»), o la afirmación de que los indios cuentan el año de la llegada de los franciscanos «como año de la venida o advenimiento de Dios» (p. 273). Dios ciega y «embaraza» a los indios cuando se pretenden rebelar; y los frailes apaciguan los ánimos revueltos de los españoles (partidarios y enemigos de Cortés), con lo que se evita una guerra civil similar a la que existe «ahora en el Perú (1541), a la par que se convierten en protectores de los indios, que los aceptan de buen grado por la ejemplaridad que se desprende de sus actos. Y todo ello en un ambiente cándidamente milagroso, producido por la intercesión directa de San Francisco de Asís, o simplemente del cordón franciscano, que culmina con la resurrección de Asensio contada por Pedro de Gante, y con la visión del monte Alverna, que lleva a Motolinía a proferir:

---

<sup>41</sup> *Historia...*, pp. 327-328: «Pero Dios entregó la gran ciudad en las manos de los suyos, por los muy grandes pecados y abominables cosas que en ella se cometían. Y también en esto es de mucho notar la industria y ardid inaudito que don Hernando Cortés, marqués del Valle, tuvo en hacer los bergantines para tomar a México (...), y la determinación que tuvo y el ánimo que mostró cuando echó los navíos en que había venido al través, y después le echaron de México y salió desbaratado (...) y cómo se hubo sagaz y esforzadamente en toda la conquista de esta Nueva España, cosas son para el poder poner en el paño de la fama, y para igualar y poner su persona al parangón con cualquiera de los capitanes y reyes y emperadores antiguos...».

Dios le tenía guardada [a San Francisco] la conversión de estas Indias, como dio a otros de sus apóstoles<sup>42</sup> las de las otras Indias y tierras apartadas (p 277).

Los capítulos II-V se encargan de desarrollar lo afirmado en el capítulo inicial. Explicitan en el discurso narrativo de la *Historia*... el celo franciscano y sus desvelos, guiados permanentemente por la divina providencia. Y siempre con humildad y mansedumbre seráficas en procura del martirio, predicando con intérpretes o sin ellos; aprendiendo las lenguas nativas para desterrar la idolatría; protegiendo a los indios de los desmanes de los españoles (sobre todo, los de la Primera Audiencia); respondiendo con paciencia a las injurias, hasta el extremo de casi perder sus vidas; y organizando expediciones misioneras frustradas (a China) o realizadas (a Campeche, Jalisco y Nueva Galicia). Tan apretado catálogo de actividades, no exento de milagros y visiones (la vida de Fray Martín de Valencia es un claro exponente de ambos), concluye con la descripción de la América descubierta «por los designios divinos» (p. 312) y el encarecimiento de su abundancia y fertilidad. América es, en suma, un lugar paradisíaco (p. 348), de gente mansa y dócil, apta como ninguna otra para la realización de la Nueva Jerusalén. En este contexto hay que entender la exaltación de la ciudad de México, «como cabeza y emporio de toda la América» (capítulos VI-VIII); exaltación que se llena de gran riqueza simbólica al asociar su pasado con la antigua Babilonia bíblica y su presente con la Nueva Jerusalén, en forma similar a como lo había hecho en el auto *La conquista de Jerusalén*:

¡Oh México que tales montes te cercan y coronan! Ahora con razón volará tu fama, porque en ti resplandece la fe y evangelio de Jesucristo! Tú que antes eras maestra de pecados, ahora eres enseñadora de verdad; y tú que antes estabas en tinieblas y oscuridad, ahora das resplandor de doctrina y cristiandad. Más te ensalza y engrandece la sujeción que tienes al invictísimo César don Carlos, que el tirano señorío con que otro tiempo a todos querías sujetar. Eras entonces una Babilonia, llena de confusiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos. Andabas e ibas a do querías, según te guiaba la voluntad de un idiota gentil, que en ti ejecutaba leyes bárbaras; ahora muchos velan sobre ti, para que vivas según leyes divinas y humanas.

---

<sup>42</sup> *Los Hechos de los Apóstoles*, huelga decirlo, son fuente esencial y modelo para la composición de los cinco primeros capítulos de este tratado.

Otro tiempo con autoridad del príncipe de las tinieblas, anhelando amenazar, prendías y sacrificabas, así hombres como mujeres, y su sangre ofrecías al demonio en cartas y papeles; ahora con oraciones y sacrificios buenos y justos, adoras y confiesas al Señor de los Señores. ¡Oh México! Si levantases los ojos a tus montes, de que estás cercada, verías que son en tu ayuda y defensa más ángeles buenos, que demonios fueron contra ti en otro tiempo, para te hacer caer en pecados y yerros (p. 314).

Motolinía describe asombrado la abundancia y fertilidad de la tierra americana en minerales, animales y plantas, y su capacidad para albergar cuantas riquezas atesoran Europa, Asia y África. Y se desliza, en un ejercicio de analogía, hacia el establecimiento de un paralelismo entre esta abundancia y la de los frutos espirituales que está adquiriendo. De ahí que termine hablando de un Nuevo Mundo, incontaminado, capaz de encerrar y acoger todo lo bueno del Antiguo, siempre que sea bien gobernado. De forma sutil Fray Toribio está pidiendo una «república de indios» separada de la «república de españoles», tutelada por los franciscanos, y a cuyo frente se encuentre un infante de la casa real (cap. IX). Ideario político que se anticipa en más de dos siglos a la solución propugnada por el Conde de Aranda (1783)<sup>43</sup> para la conservación de los reinos de Ultramar y que tomará cuerpo definitivo en la *Historia Eclesiástica Indiana*, de Jerónimo de Mendieta, y en la *Monarquía Indiana*, de Torquemada, como ya viera sagazmente Maravall en 1949:

Lo que esta tierra ruega a Dios es que dé mucha vida a su rey y muchos hijos, para que le dé un infante que la señoree y ennoblezca, y prospere así en lo espiritual como en lo temporal, porque en esto le va la vida. Porque una tierra tan grande y tan remota y apartada no se puede de tan lejos bien gobernar, ni una cosa tan divisa de Castilla y tan apartada no puede perseverar sin padecer gran desolación y muchos trabajos, e ir cada día de caída, por no tener consigo a su principal cabeza y rey que la gobierne y mantenga en justicia y perpetua paz, y haga merced a los buenos y leales vasallos, castigando a los rebeldes y tiranos que quieren usurpar los bienes del patrimonio real (pp. 336-337)

Los restantes capítulos (X-XIX) forman un conjunto misceláneo, que deja traslucir ideas similares —ya recurrentes— y no concretadas por su carácter

---

<sup>43</sup> Fernández Almagro, 1944, pp. 18-24.

inconcluso. Así, la cantidad de ríos y fuentes naturales que la integran constituye un edén paradisiaco que contrasta con los ríos de muerte que la codicia de los españoles provoca en América. Para evitarla, propone la creación de ciudades de españoles y para españoles, con la idea de que, aquietados por el trabajo, olviden su deseo de volver a España con hipotéticas riquezas fáciles de conseguir<sup>44</sup>. A esto responde el relato de la fundación de la ciudad de Puebla en 1530 (cap. XVII), erigida a impulsos del fervor franciscano. La descripción de Tlaxcala sigue el esquema trazado por la descripción de México, aunque está menos desarrollado. Y la exaltación de las virtudes del indio, que vimos en los tratados anteriores, ocupa los capítulos XII y XIII, y se corresponde subliminalmente con la pretensión franciscana de formar un clero indígena y con su titánica labor en el Colegio de Santiago de Tlatelolco. Estos dos últimos aspectos ejemplifican como pocos el nacimiento de una nueva realidad social, la de la América colonial, que Fray Toribio quería hacer florecer bajo el estímulo de la inspiración franciscana<sup>45</sup>.

El tratado se cierra con un capítulo interesante, pero misceláneo, inoperante para el plan general de la obra, que resalta su carácter inacabado. El comparatismo lingüístico sobre los vocablos *metl* y *maguey*, o las múltiples utilidades de esta planta (medicina, vestimenta, calzado, material de construcción, bebida, o elemento calorífico) no se compadecen con las ideas directrices de la *Historia de los Indios de la Nueva España*, ni con el final cerrado de los dos tratados anteriores. Y, consiguientemente, el lector siente truncado el final, que indudablemente tenía que relacionarse con el providencialismo y las ideas milenaristas que traspasan todo el libro y con la finalidad que Motolinía perseguía. Con todo, la *Historia...* resulta un documento excepcional, porque constituye un testimonio vivo del choque espiritual entre españoles e indígenas, a la vez que la expresión balbuciente de una sociedad que, con sus luces y sombras, posibilitó el nacimiento de la nación mexicana.

---

<sup>44</sup> *Historia*, p. 380: «Y que no todos estuviesen esperando repartimiento de indios. Y que se comenzarían pueblos en los cuales se recogerían muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos. Y que también los Indios tomarían ejemplo y aprenderían a labrar y cultivar al modo de España. Y que teniendo los Españoles heredades en qué se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver a sus tierras, y cobrarían amor con la tierra en que se viesen con haciendas y granjerías.

<sup>45</sup> Baudot, 1990, pp. 33-35.

## 4. BIBLIOGRAFÍA

- ÁNGEL, M., «La vie franciscaine en Espagne entre les deux couronnements de Charles Quint», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVI, 1912, pp. 157-224.
- ARACIL VARÓN, M<sup>a</sup> B., *El teatro evangelizador. Sociedad, Cultura e ideología en la Nueva España del siglo XVI*, Roma, Bulzoni Editore, 1999.
- ARRÓNIZ, O., *Teatro de evangelización de Nueva España*, México, UNAM, 1979.
- BAUDOT, G., «Le complot franciscain contre la première Audience de México», *Caravelle*, 2, 1964, pp. 15-34.
- «L'institution de la dîme pour les Indiens du Mexique. Remarques et documents», en *Melanges de la Casa de Velázquez*, París, E. De Bocard, 1965, t. I, pp. 167-221.
- *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
- *La pugna franciscana por México*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- BORGES, P., *Métodos misionales en la cristianización de América. Siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1960.
- BRINCKMANN, B., *Quellenkritische Untersuchungen zum mexicanischen Missionschauspiel, 1532-1732*, Hamburg, Renner, 1970.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1947 (BAE, n.º 26).
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944.
- GARIBAY, A. M.<sup>a</sup>, *Historia de la Literatura Náhuatl*, México, Porrúa, 1971 (2.<sup>a</sup> ed.), t. II.
- GARCÍA ICAZBALCETA, J., *Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, México, Porrúa, SA, 1947.
- GÓMEZ CANEDO, L., *Pioneros de la cruz en México. Fray Toribio de Motolinía y sus compañeros*, Madrid, BAC, 1988.
- HORCASITAS, F., *El teatro náhuatl, épocas novohispana y moderna*, México, UNAM, 1974.
- LEJARZA, F., «Franciscanismo de Cortés y cortesianismo de los Franciscanos», en *Misionalia Hispánica*, 13, 1948, pp. 43-136.
- «Orígenes de la descalcez franciscana», *Archivo Ibero-Americano*, Madrid, 1962, pp. 15-131.
- LEÓN-PORTILLA, M., *El reverso de la Conquista*, México, Joaquín Mortiz, SA, 1964.
- LÓPEZ, A., «Fray Toribio Motolinía», *El eco franciscano*, XXXII, 1915, pp. 713-717.
- *El eco franciscano*, XXXIII, 1916, pp. 14-18.
- *El eco franciscano*, XXXIV, 1917, pp. 65-68.
- «Los doce primeros apóstoles de Méjico», en *II Congreso de Historia y Geografía Hispano-americanas, celebrado en Sevilla (...)*, Madrid, Jaime Rates, 1921, pp. 315-330.

- MARAVALL, J. A., «La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España», *Estudios Americanos*, Sevilla, n.º 2, 1949, pp. 199-227.
- MARTÍNEZ, J. L., *Hernán Cortés*, México, UNAM y FCE, 1990.
- MARTÍNEZ, M. M.<sup>a</sup>, «El obispo Marroquín y el franciscano Motolinía, enemigos de Las Casas. Examen de los motivos de su enemistad», *BRAH (Boletín de la Real Academia de la Historia)*, CXXXII, 1953, pp. 173-199.
- MENDIETA, FRAY J. de, *Historia Eclesiástica Indiana*, Madrid, Atlas, 1973 (BAE, n.º 260).
- MOTOLINÍA, FR. T. de, *Historia de los Indios de la Nueva España*, Madrid, Clásicos Castalia, 1985.
- ed. de C. Esteve, Madrid, Historia 16, 1985.
- Ed. de G. Bellini, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- *Memoriales*, Madrid, Atlas, 1971 (BAE, n.º 240).
- O'GORMAN, E., *La incógnita de la llamada «Historia de los Indios de la Nueva España» atribuida a Fray Toribio Motolinía*, México, FCE, 1982.
- OLMOS, FR. A., *El arte de la lengua mexicana*, Ms. Res. 165.3, BNM (Biblioteca Nacional de Madrid), ff. 20-102.
- PAZOS, M., «El teatro franciscano en México durante el siglo XVI», *Archivo Ibero-Americano* (2.<sup>a</sup> época), XI, 42, 1951, pp. 129-189.
- POU Y MARTÍ, J. M.<sup>a</sup>, *El libro perdido de las Pláticas o Coloquios de los doce primeros misioneros de México*, Roma, Tipografía del Senado, 1924 (Estratto dalla *Miscellanea Fr. Ehrle*, Roma Biblioteca Vaticana, 1924).
- RAMÍREZ, J. F., *Noticias de la vida y escritos de Fray Totibio de Benavente o Motolinía, uno de los primeros misioneros católicos y fundadores de la Provincia Franciscana del Santo Evangelio de México: acompañadas de investigaciones sobre el origen y motivo de sus disidencias con el Ilmo. D. Fr. Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas*, México, Imprenta particular de García Icazbalceta, MDCCCLIX.
- *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios*, México, Editorial Porrúa, 1957 (2.<sup>a</sup> ed. Corr. y aumentada).
- Ricard, R., *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1532-1524 a 1572*, México, FCE, 1994 (tercera reimpresión).
- SÁNCHEZ GARCÍA, D., «Biobibliografía de Fr. Toribio de Benavente o Motolinía», en *Historia de los Indios de la Nueva España*, Barcelona, Juan Pili Editores, 1914.
- STECK, F. B., «Father Toribio de Motolinía, O. F. M., His life and Writings», en *Motolinía's History of the Indians of the New Spain*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1951, pp. 1-70.